

Pankaj Mishra

Corre a esconderte

Traducción del inglés de Amelia Pérez de Villar



PANKAJ MISHRA

Corre a esconderte

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Run and Hide*
Traducción del inglés: Amelia Pérez de Villar Herranz

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2022

© Pankaj Mishra, 2022

Las citas de V. S. Naipaul son de su libro *Un recodo en el río*.
Páginas 18, 67 y 109, citas de la letra de *Waqt Ne Kiya Kya Haseen Sitam*,
escrita por Kaifi Azmi e interpretada por Geeta Dutt.

Página 87, cita de *Rig Veda*.

Página 113, cita de la introducción de Jean Paul Sartre a *Los condenados
de la tierra*, de Frantz Fanon.

© de la traducción: Amelia Pérez de Villar, 2022

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 12257-2022
ISBN: 978-84-19075-52-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para J. H. B.

PRIMERA PARTE

I

Durante los primeros días que pasó Aseem en la cárcel yo me quedaba dormido todas las noches con una visión: voy nadando por la superficie quieta y transparente del mar. Cuando llego a una distancia considerable de la orilla me doy la vuelta y me pongo boca arriba flotando en el agua y mirando al cielo. Y entonces me abandono y me hundo.

La hilera de burbujas que provoca la respiración se va desvaneciendo; el agua me entra por la nariz y por la boca, va llenando mi cuerpo poco a poco; hasta que peso tanto que comienzo a descender en silencio y me hundo en las profundidades del azul infinito.

Me quedo dormido antes de que mi cuerpo llegue a detenerse y encuentre el descanso en el fondo enmarañado del mar.

Así me quedaba dormido de pequeño. Y si siento el impulso de hablarte de esos tiempos y de extraer del pasado los fragmentos que no incluiste en tu libro, o de exhumar recuerdos que sepulté hace tiempo, es porque presagiaban todo lo que ocurrió entre nosotros.

Seguramente adopte un tono inadecuado y me arriesgue a provocarte cierto malestar, incluso ira; pero yo también tengo algo que decir de Aseem. Mi primer amigo, mi protector en los primeros tiempos de nuestra amistad, no solo nos presentó: también me animó a ir a por ti antes de que nuestros respectivos destinos quedaran unidos de un modo tan violento como inextricable.

A Aseem, que se consideraba una especie de emblema del hombre que se inventa a sí mismo y que triunfa, le encantaba

incluir a sus amigos en sus delirios de poder y gloria. De hecho, nos lo presentaba como un imperativo existencial, siempre citando a V. S. Naipaul: «El mundo es lo que es, y los seres humanos que no son nada y no se dan la oportunidad de convertirse en alguien, no tienen lugar en él».

No iba a ser fácil, solía decir Aseem, que viniendo de una clase social tan baja llegáramos a ser de esos hombres que se han hecho a sí mismos. Y entonces citaba a Chéjov: contaba que el hijo de un esclavo tiene que extraer hasta la última gota de sangre de esclavo que le corre por las venas, hasta que un día despierta y se da cuenta de que es sangre de hombre, un hombre de verdad. Y se emocionaba mucho hablando de cuánto tendríamos que luchar por tomarnos en serio –a nosotros mismos, para empezar–, lucha que luego se convertiría en convencer a los demás de que nos tomaran en serio, una exigencia no menor.

Siempre se mostraba así de seguro y de claro. Era imposible discutir con él. Hasta ahora, en esos momentos en que miro hacia atrás, no había visto el peligro al que nunca quiso enfrentarse Aseem: que en nuestros intentos de reinventarnos, de rehacernos, de convertirnos en «hombres de verdad» por el sencillo método de perseguir nuestros deseos e impulsos más fuertes sin la guía de nuestra familia, religión o filosofía, se estrecharía la conciencia que teníamos de nosotros mismos, y las distorsiones que encerraban nuestros personajes pasarían inadvertidas hasta el día en que despertáramos y contempláramos, horrorizados, a los seres en que nos habíamos convertido.

Las señales ya estaban ahí cuando nos conocimos Aseem y yo. Nunca te lo dije en ninguna de nuestras conversaciones con Virendra y los demás, cuando estabas investigando para escribir tu libro: la primera noche que dormimos en el IIT, bien pasada la medianoche, el vocerío de unos hombres nos sacó del sueño profundo en que estábamos sumidos, el que sigue a la extenuación nerviosa; nos llevaron como se lleva al ganado a

la sala de los veteranos, que estaba abarrotada de gente y donde la bruma del humo de los cigarrillos bastaba para dejarte fuera de combate, y donde un estudiante ataviado con un *lungi* que dejaba a la vista las piernas peludas gritaba «*Behenchod*» con acento tamil y nos mandó desnudarnos y ponernos en el suelo a cuatro patas.

Era Siva: corpulento, tenía una cabeza redonda y enorme, afeitada, que parecía asentarse sobre los hombros sin mediar cuello. Estaba muy furioso, o fingía estarlo, porque esa noche los tres nos habíamos librado de una buena redada de novatos.

–¡Vosotros! ¡Cabronazos! –gritaba desde la cama, donde se habían sentado algunos de sus amigos que nos miraban con expresión malvada e inquisitiva tras los cristales de las gafas–. ¿Qué pensabais, que os ibais a librar de rendirnos pleitesía? Pues de eso nada. ¿Quién coño os creéis que sois? Ahora quiero que ladréis como buenos perros, que es lo que sois.

Desde nuestra postura canina entonamos al unísono:

–Yo soy Arun Dwivedi, de Ingeniería mecánica, número 62 en el Registro Nacional.

–Yo soy Virendra Das, de Informática, número 487 en el Registro Nacional.

–Yo soy Aseem Thakur, Ingeniero mecánico, número 187 en el Registro Nacional.

Y nos pusimos a ladrar, mientras los amigotes de Siva se partían de risa y el propio Siva emitía esa carcajada explosiva que tú escucharías muchos años después, cuando reunías materiales para tu libro, en aquellas conversaciones que había grabado el FBI y su equipo filtró a los periodistas.

Virendra, Aseem y yo nos habíamos conocido ese mismo día, un poco antes, en la residencia de estudiantes que se nos había asignado. Teníamos muchas cosas en común: en algún momento de nuestra adolescencia, cuando las calificaciones empezaron a resultar prometedoras, nuestros padres habían decidido endeudarse, escatimar en ropa y comida, y negar una educación a nuestros hermanos para que nosotros pudiéramos

entrar en el Instituto Tecnológico de la India, que llamábamos IIT y, al mismo tiempo, en la senda de la redención que nos sacaría de una vida de escasez e indignidad.

Y es que muchos años después nos lo contaron: se pasaban el día esclavizados, trabajando de sol a sol para darnos una oportunidad en la vida que ellos nunca tuvieron. Nuestros dones, la memoria y la concentración, se convirtieron en un maleficio; el inmenso esfuerzo que supuso el acceso a la institución educativa más prestigiosa del país en el ramo de la ingeniería destruyó nuestra infancia, llenándola de tareas y obligaciones que no nos daban alegrías y empapándola del terror al fracaso.

Pero la larga espera había terminado, por fin: habíamos pasado los exámenes más competitivos y difíciles del mundo. La primera vez que nos vimos casi no cruzamos palabra. Abruados al principio por nuestro logro –aquella lejana promesa de nuestra adolescencia estaba cumplida–, no tardamos en desmoralizarnos y guardar silencio al ver nuestros ideales a la cruda luz del día.

Pintura levantada, bombillas desnudas, ventiladores que chirriaban y charcos de lluvia llenos de larvas de mosquito parecían la metáfora del callejón sin salida de clase media baja en el que nos habíamos metido (en aquellos tiempos, antes de Google Imágenes, yo no sabía qué podía esperar uno de la gran puerta de acceso a la riqueza. Las paredes de nuestra habitación estaban pintadas al temple de un color amarillento; tenían las marcas de todas las cabezas aceitadas que se habían apoyado en ellas, y manchas de mosquitos aplastados. El suelo de hormigón, rugoso e irregular, tenía incrustada una mugre imposible de quitar y en la oscuridad, bajo los camastros, las capas de polvo acumuladas unas sobre otras formando una alfombra de terciopelo.

Aquel día inaugural el refectorio, con sus ventiladores en el techo que se balanceaban peligrosamente, era un remolino de padres con blazer de solapa ancha, botones dorados y gruesas

hombreras que dejaban las manos apoyadas a un lado, en un desacostumbrado descanso, y madres que caminaban inseguras con sus saris de seda de Kanjivaram y Benarés y llevaban gruesas joyas de oro y el pintalabios corrido, pregonando la inexperiencia de quien nunca se pinta: gente que por fin experimentaba cierta satisfacción tras someterse ellos y someter a sus hijos a años de un miedo y una ansiedad brutales.

Flotaba en el aire el característico olor medicinal del *after-shave* de Old Spice, y el aroma sutilmente floral de los polvos de talco de Pond's, que junto a los esfuerzos por vestirse para la ocasión representaban las ganas de celebrar.

Llenaba el refectorio, de paredes de color azul ennegrecido y mesas de formica desconchadas, un olor rancio en el que las moscas volaban intentando esquivar los ventiladores, jugándose la vida.

Virendra, Asem y yo éramos de los pocos recién llegados a los que sus padres no acompañaban en aquella ocasión: eran demasiado sensatos como para desvelar nuestros orígenes en aquel primer paso crucial del ascenso de sus hijos al estrato de la respetabilidad. El día del examen mi madre había celebrado en casa una *Satyanaaraya puja* que duró todo el día, y mi padre había dejado pagado un telegrama que yo debía enviar desde Delhi en cuanto se hicieran públicos los resultados de los exámenes de acceso.

Al recibirlo, según me contó mi madre, mi padre echó a correr a la estación de tren en la que trabajaba y empezó a reparar *besan laddoos* que llevaba en una caja entre gentes que probablemente se sorprenderían ante aquel exagerado júbilo tanto como yo al conocer su transformación de animal taciturno en padre orgulloso hasta el delirio.

Cuando se puso en marcha el tren que me llevaría a mi primer semestre en el IIT de Delhi, me dijo adiós con la mano. Movié los labios, tal vez para decir algo que no fue capaz de transformar en palabras ni ese día ni nunca: que yo pertenecía ya a un mundo que a él lo había despreciado. Nunca se atrevió a ir a Delhi mientras yo estuve allí; mi madre no podía ni soñarlo. Y yo me sentía muy agradecido de que contaran con

aquellos grilletos psicológicos cada vez que me los imaginaba delante de las puertas del IIT, preguntando por mí en su hindi *dehati*.

Muchos estudiantes se habrían mostrado despiadados en una situación así. Recuerdo a un bengalí de piel clara que siempre estaba alardeando de su vínculo ancestral con Rabindranath Tagore y de la conexión de su familia con Oxford, que se remontaba a mucho tiempo atrás. Traicionado por la aparición súbita de su madre, una figurilla rechoncha y de piel oscura que se quedó acucillada en el suelo a la puerta de su habitación, esperándole, trató de hacernos creer que era una sirvienta.

Asem también mantenía a sus padres a distancia, dispuesto a sostener la ficción de que su padre era un importante funcionario del ferrocarril –cuando no era más que un ingeniero de grado medio– y quizá a esconder el hecho de que sus padres, que no le gustaban mucho, eran fanáticos decididos a no dejar entrar en su casa ni a musulmanes ni a *dalits*.

Aquel primer día yo estaba nervioso por algún motivo que no conseguí explicar a nadie entonces. Había visto el apellido de Virendra junto al mío en el tablón de anuncios y constatado que procedía de una familia de parias de los que desollaban a las vacas muertas, parias estrictamente intocables a los que las castas superiores no podían ni siquiera acercarse.

Unos minutos después entró en mi habitación cargado con petate verde oliva y un baúl de hojalata en el que habían escrito su nombre en hindi con pintura blanca, con unas florituras que pretendían lograr un efecto tridimensional.

Delgado y de huesos pequeños, llevaba unos pantalones campana de poliéster y una camisa azul de nailon estilo sahariana. Los zapatos, perfectamente cepillados, eran de un negro brillante, y la hebilla del cinturón –extraordinariamente ancho y también negro– simulaba dos serpientes de latón engarzadas. Tenía la nariz respingona y los ojos muy pequeños; llevaba un bigotillo perfectamente recortado como los de las películas de Raaj Kumar de los años cincuenta. Con esa combinación tenía el aspecto de estar fuera de lugar. Mientras colocaba en la mesa los libros y revistas –guías de cultura general y números atra-

sados de *Competition Success Review*— y depositaba con cuidado, debajo de la cama, un cepillo y una lata de betún negro para los zapatos de marca Cherry Blossom, la estancia se fue llenando de olor a aceite de coco.

Al deshacer el equipaje y con un reloj de oro de pequeño tamaño colgando ligeramente de su muñeca delgada, quedaron a la vista algunos objetos familiares que revelaban su origen de baja casta y existencia casi rural: un espejo de mano con forma de diamante, una manta de textura gruesa y un retrato enmarcado de Hanuman con una rodilla en tierra y el pecho rasgado mostrando en su interior a Ram y Sita, coronados; llevaba también varios paquetes de *noodles* Maggi y una lata de *desi ghee* para aderezar los *thalis* que servían en aquel desastre de la residencia.

Yo había logrado llegar al IIT, como suelen decirse, por mis propios méritos. Gracias a los esfuerzos de mi padre yo llevaba un apellido de brahmán que era incuestionable, y tenía una piel mucho más clara que el resto, símbolo inequívoco de alta cuna; incluso podía lucir el *janeu* en cualquier ocasión que me obligara a llevar el torso desnudo. Pero con Virendra por allí la seguridad que me otorgaba el linaje brahmán, que tanto me había costado ganarme, empezó a parecerme muy frágil.

*

Aquella noche, desnudo en la habitación de Siva, entre la sordidez del humo de los cigarrillos, patas de pollo tiradas y botellas vacías de ron Old Monk, y con todos aquellos tíos con camisetas blancas mugrientas y gafas de gruesos cristales burlándose de nosotros, me sentí completamente expuesto.

Se había producido un corte eléctrico y por la espalda me corrían regueros de sudor, que avanzaban muy despacio hasta llegar al suelo en forma de gotas. Me corrían también por la frente, y de cuando en cuando tenía que sacudírmelas.

Fui consciente entonces de lo que supone tener un ojo ajeno mirándote fijamente. Virendra se había quitado el reloj que le colgaba de la muñeca como una pulsera —un reloj HMT de

mujer, según pude observar, con una correa fina de oro falso— y lo había puesto encima de la pila que formaban su ropa, sus zapatos y su cinturón. Desde ese montón, que parecía el cuerpo de una serpiente enroscada, la esfera miraba hacia mí como si estuviera viva, con su manecilla sin parar de girar.

Siva estaba tumbado en su cama bajo un póster de Cindy Crawford sujetándose los pechos: años después despilfarraría miles de dólares en una gala benéfica celebrada en Nueva York para sentarse al lado de la supermodelo. Se masajeaba los gemelos mientras gritaba:

—¡Mira esos zapatos! Igual de negros y de brillantes que tu cara.

Hubo una pausa. Me pregunté por qué se habría puesto Virendra los zapatos de vestir para ir a la habitación de Siva en plena noche.

Siva volvió a gritar:

—¿De dónde eres, *kaalu haramzada*, cabrón renegrido?

La pregunta iba dirigida solo a uno de nosotros.

—De Mirpur, señor —respondió Virendra con una voz atiplada que provocó las carcajadas de Siva y sus amigos.

—¿Y dónde está Mirpur, *saala chamar*, paria follacuñadas?

—En Basti, señor. Distrito de Gorakhpur.

—¿Y dónde está Gorakhpur, *kaalu*...?

Y vi claramente la parada en un camino a ninguna parte: chabolas de hojalata y trapos al lado de una parada de autobús, una molienda de caña de azúcar, que desprendía un olor nauseabundo al acercarse uno y un depósito artificial lleno de agua de un verde intenso y de jacintos flotando entre los búfalos grises y raquíticos.

—Muy bien, muy bien. Ya tenemos bastante geografía —dijo Siva—. *Gaana gao*, ¡paleta! Eres un paleta y un *saala chamar*.

Y tras una pausa brevísima Virendra comenzó a cantar, jubilosamente:

—*Waqf ne kiya kya haseen sitam...*

Se produjo una explosión de carcajadas, y algún estallido menor de alegría cuando vieron que el intrépido Virendra no se detenía.

Oí que Siva decía:

–*Panditji*, por favor: facilítanos la traducción al inglés.

No podía imaginarse el alivio que representó para mí que me concediera esa designación tan honorable para los brahmanes.

–Con permiso, señor –dije mirando al suelo–. Significa «En qué hermoso momento ha llegado la venganza. Yo no soy ya el que era, y tú tampoco».

Mi voz sonó muy fuerte, demasiado. Un par de tipos empezaron a desternillarse.

–Joder, qué cancioncita más deprimente –dijo Siva, desencadenando más carcajadas–. Muy bien, muy bien. Ya basta de cánticos, *kaalu chamar. Ab chalo, Panditji ki gaand saaf karo*.

Con ese acento, su cruel orden sonó como si estuviera pidiendo al camarero más chili para el *thali*.

Sus amigos se partían de risa, y se me ocurrió que podían, incluso, estar riéndose de su forma de hablar hindi, que sonaba igual que ese acento tan cómico del sur que utilizan en las películas de Bollywood.

Hubo una pausa. Siva se sacó del bolsillo un pañuelo blanco doblado y se limpió la cara redonda; terminó frotándose la punta de la nariz como si fuera a sacarle brillo.

Yo estaba absorto en esos gestos cuando dijo que Virendra solo podría mejorar su karma y evitar reencarnarse en un *dalit* lamiendo bien el ano de un brahmán, y Aseen podría aspirar a ascender de kshatriya a brahmán haciéndose una paja mientras contemplaba el espectáculo.

*

Tú habrías sacado más partido a esta escena que Aseem, que la puso en su última novela. Me di cuenta de que el manuscrito, encuadernado en espiral, se había quedado sin leer en la pila de libros que había en Londres, en tu lado de la cama. Un día lo abrí y rápidamente volví a enterrarlo abajo del todo de la pila. El personaje que ponía la nota de interés en los amoríos de la novela –una joven periodista de origen musulmán, clase

alta, educada en una universidad de la Ivy League, que no bebe agua si no está hervida o filtrada y que fuma cuando está nerviosa— estaba inspirada en ti, al menos en parte.

Aseem demostró más imaginación con el protagonista masculino, un estudiante *dalit* inspirado en Virendra. Quería mostrar, con un estilo crudo social realista, la degradación de los hindúes de casta inferior. Y para conseguirlo, en su versión de nuestro primer día en el IIT nos convirtió a todos en *dalits*, transponiendo la escena del IIT de Delhi a una facultad de medicina de Ranchi.

El estudiante *dalit* inspirado en Virendra se convirtió en víctima de una violación; sus acosadores, medio ocultos tras el velo flotante del humo de *beedi*, eran todos pueblerinos de Bihar, de casta superior y seriamente crueles. Y Aseem, en deferencia a un espíritu de tendencia izquierdista, convirtió a Virendra en ideólogo maoísta y carismático portavoz de un grupo guerrillero que combatía contra las corporaciones mineras de la India Central y sus ejércitos de mercenarios.

Virendra, como bien sabes, siguió un camino bastante diferente cuando salió del IIT. Pero la exagerada discusión de la atrocidad de que fue víctima no pecaba contra la verosimilitud.

Tú eras muy joven entonces, y probablemente no sabes lo habituales que eran, mucho más que en la actualidad, los linchamientos y violaciones de *dalits* en la oscuridad de las aldeas y pueblos de los que procedíamos nosotros.

Los políticos que prometían más respeto hacia los hindúes de castas bajas y más actuaciones que les permitieran reafirmarse no eran muy destacados en aquellos tiempos. Hasta entonces, todo hindú bien nacido podía atormentar a quienes competían con él por un ascenso social, sin miedo a las represalias ni a las acciones violentas. Y Siva siempre podía aducir, en el improbable caso de que los administradores del IIT le interrogaran, que lo único que estaba haciendo era participar en un rito de iniciación al que se sometía a todos los estudiantes recién llegados.

—¡Vamos, vamos, *kaalu chamar*. *Aage bhado*, *Panditji* está esperando! —gritó.

–¡Eh, *Sai baba!* –dijo dirigiéndose a Aseem, a quien había ordenado arrodillarse desnudo detrás de Virendra–. ¿A qué estás esperando? Ten la bondad de ponerte manos a la obra con esa joya de la corona que tienes entre las piernas.

Luego se giró de repente:

–Y tú, *Panditji*, quita esa cara de pena –dijo dirigiéndose a mí–. Quiero que parezcas feliz en este acto de purificación de tu órgano esencial.

Sus amigos comenzaron a reírse más fuerte, y Siva volvió a sacar el pañuelo blanco para secarse la cara y abrillantarse la nariz.

Virendra no mostró desobediencia. Sin parar un instante le sentía a mis espaldas, desplazándose como un cangrejo, con su bigotillo fino e hirsuto que se me clavaba en las nalgas; me iba dejando un rastro húmedo en la piel con la lengua furtiva. Yo intentaba cumplir la orden de Siva de fingir alegría, pero no sabía dónde mirar: si hacia abajo, al suelo áspero y rugoso desde donde me observaba el ojo implacable del reloj de Virendra, o hacia arriba, a las caras que miraban, alborotadoras, desde debajo de los pechos de Cindy Crawford, dos de las cuales mascaban chicle con frenesí mientras Siva gritaba:

–¡Más rápido! ¡Más rápido! *Behenchod*, cabrón *kaalu*.

Tras cuatro horas así, salpicadas de gritos ensordecedores que helaban la médula, procedentes de cualquier parte de la residencia donde otros novatos se estaban sometiendo a un ritual de humillación similar, regresamos a nuestra habitación.

Siva parecía estar muy orgulloso del ritual de su creación, y nuestro suplicio tuvo lugar en su habitación durante unas cuantas noches más. Llegué a aprenderme de memoria el póster de Cindy Crawford: cómo lo sujetaban las chinchetas, que se habían oxidado, y cómo se doblaban hacia dentro los bordes morbosos, revelando la escayola raspada de la pared. Llegué a reconocer los pañuelos de Siva, con su exquisito remate de encaje. Y aún hoy recuerdo el olor del ron barato y la imagen de una placa eléctrica roñosa con los cables pelados, o un colador de plástico para el té que languidecía en un cazo abollado, en un rincón. No pude olvidar en mucho tiempo la hor-

miga que me recorrió a toda prisa las rodillas antes de que Virendra, silencioso pero frenético, detrás de mí, la aplastara contra el suelo e hiciera volar su cadáver dándole una toba.

Se me levantó la piel de las rodillas y los codos; los ojos me picaban por el humo de los cigarrillos y la falta de sueño, y durante semanas, después de aquello, las nalgas se me tensaban y destensaban solas, al recordar la lengua de Virendra. Aseem se quejó durante semanas de que le escocía el pene y le sangraba el prepucio.

Pero el cuerpo frágil de Virendra sufrió un daño mucho mayor.

A veces oía sollozos sofocados al otro lado del dormitorio, y en una ocasión oí decir a Aseem, refiriéndose a Siva, «¡Menudo *rakshas*!». Cualquier expresión de comprensión o compañerismo entre nosotros habría resultado superflua, por lo que nunca lo manifestamos.

Esto a ti te podrá sorprender, pero entonces no había nada en nuestras vidas que nos hiciera esperar la menor amabilidad de los desconocidos. En la novela de Aseem la atrocidad que se comete con los estudiantes *dalit* cataliza la radical conciencia política de los muchachos. En realidad, ninguno de nosotros podía sustraerse a las posiciones que se nos habían asignado en el orden piramidal, ni quería hacerlo.

Al fin y al cabo los de la casta de Virendra tenían sus propios intocables, gente a la que aterrorizar y reprimir. Al año siguiente nos tocaría a nosotros estar donde entonces estaban Siva y sus amigos para supervisar la degradación de otra hornada de novatos.

Y entonces supimos que lo que nos esperaba en el futuro, si nos manteníamos imperturbables mientras sufríamos e infligíamos atrocidades, era la entrada en el club de la casta más elevada: la de la gente que nunca se tiene que preocupar por el dinero.

Nuestros hábitos de supervivencia se habían forjado en la más tierna infancia, poco después de iniciarnos en los larguís-

mos preparativos para entrar en el IIT. Sabíamos que no teníamos elección: lo único que podíamos hacer era reservar nuestras fuerzas, mantenernos indiferentes a todo sufrimiento personal y a cualquier acto de deshonor al menos hasta que la cumbre de la seguridad pareciera encontrarse a nuestro alcance. Y sabíamos, también, que los cuatro años del IIT serían la parte más dura del ascenso.

Aun así, durante cuatro meses después de aquella primera noche —mucho después de que Siva hubiera dejado de convocarnos a su dormitorio y empezara a parecer menos demonio y más genio de la informática y figura de extravagante generosidad, libre de comentar lo que quisiera a todo hijo de vecino, y los rasgos desdibujados de su enorme cabeza redonda quedarán fijos en una expresión de solidez y amabilidad—, cada vez que iba a abrir la puerta de mi dormitorio me asaltaba el temor de encontrarme el cuerpecillo de Virendra colgando laxo del ventilador del techo.

Los suicidios eran habituales en las facultades de ingeniería y medicina. Virendra resultó ser una de esas personas para las que la humillación es un lujo que no pueden permitirse. Cuando yo abría la puerta, esperando encontrarme con su supuesto cadáver, le veía casi siempre en su escritorio, inclinado sobre las tareas de Procesos de fabricación, los test prácticos de GRE¹ o un ejemplar de *Competition Success Review*, bajo el retrato de Hanuman, con el pecho abierto y rodeado de guirnaldas, en la pared.

Tenía en la cara una expresión tensa, casi obstinada, como si el peso de esa voluntad impersonal de triunfar se hubiera marcado más a fondo.

Había asistido a las clases preparatorias para los exámenes de acceso al IIT durante mucho más tiempo que nosotros. Había pasado por los pelos, pero estaba decidido a seguir luchan-

1. *Graduate Record Examinations*. Examen cuyo aprobado constituye uno de los requisitos de admisión a las escuelas de posgrado estadounidenses y de otros países anglosajones. Los test prácticos de GRE son ejercicios que hacen los alumnos para calibrar su posible nivel en el examen.

do un trimestre tras otro para subir su media en las calificaciones. Sostenía la pluma con el puño apretado y la clavaba en el papel como si fuera un arma que blandía en una guerra sin piedad para el vencido, en la que el fracaso suponía la expulsión y el regreso a casa: la habitación en el *basti* donde los cochinitos y los perros escuálidos hozaban en los montones de basura y las ovejas negras, esqueléticas, se frotaban contra una bomba de agua oxidada.

Se sentaba en el suelo con las piernas cruzadas y actitud resuelta, frotando los zapatos con un cepillo o masajeándose la cabeza con aceite de coco mientras sujetaba en la otra mano el espejo con forma de rombo (que se había roto unos meses antes, con lo que ahora se le veía la cabeza partida en dos mitades desiguales), o lavándose el torso con jabón Lifebuoy en la ducha. Cuando tomaba notas en una clase tras otra o leía, tumbado de costado, la *Enciclopedia de Manorama* mientras se rascaba los sabañones en aquella habitación tan húmeda, era la imagen misma del afán agónico de quien vacila al borde de la incomprensión.

Indiferente a las pequeñas alegrías de la mayoría de los estudiantes –los grupos de rock, los concursos de carrom¹ o pim-pón, los debates y concursos de preguntas y respuestas, o simplemente mirar a las chicas en los conciertos de SPIC MACAY² o en el cine Priya– lo único que le distraía era un ejemplar muy viejo de *Playboy* con Kim Bassinger en la portada que una noche Asem, torturado por las chinches, había escondido bajo el colchón.

1. Juego de mesa similar al billar, muy popular en la India.

2. *Sociedad para la promoción de la música clásica y la cultura indias entre los jóvenes*. Movimiento apolítico participado por voluntarios y de ámbito nacional fundado en 1977 por el profesor Kiran Seth.